

puerta de la casa. Diógenes dice al mercader que si quiere profesar sus doctrinas que se provea de una voz agria, de una garganta ronca, y se decida á despreciar los grandes hombres, á no sentir ni los insultos ni los golpes, á abandonar mujer, familia, amigos é hijos, á vivir como un vago en un sepulcro ó en un tonel. Dos óbolos dá el mercader por este sabio. Quiere comprar en seguida á Aristipo, el jefe de la escuela cirenaica, al verlo coronado de flores; pero como está borracho y no contesta á sus preguntas, no le pone precio. Oye una carcajada y un sollozo. Se vuelve y se encuentra con Demócrito y Heráclito. El primero abogado de la risa, le habla del vacío, y el segundo entre un mar de lágrimas, le habla del movimiento universal en que todas las cosas se arrastran sin cesar como las ondas en los rios. El mercader noseatreve á comprar ni al uno ni al otro. De pronto Mercurio le ofrece un sabio de conducta ejemplar, un santo. Es Sócrates. «¿Qué eres?» le pregunta el codicioso mercader. Yo no puedo repetir aquí la respuesta azaz escandalosa, porque respeto demasiado al público y me respeto á mí mismo. Pero la repetiré en griego: Παιδεραστής εμι και σοφος τα έρωτικα. En seguida Sócrates comienza á explicar la república que piensa construir segun las leyes de su inteligencia, y cómo en esa república han de ser de todos los ciudadanos todas las mujeres, y elevándose á más alta filosofía explica

cómo vé todas las cosas y sobre todas ellas su ideal, más real que las cosas mismas; de suerte que por este medio vé dos universos, y todo, absolutamente todo se le aparece doble. El mercader, sin duda, creyendo que esta doble vista duplicará su dinero, compra al filósofo y dá por él la enorme suma de dos talentos. Seguidamente compra por dos minas un epicúreo muy aficionado á comer miel é higos. Le cae en gracia Crisipo, que le hace los siguientes argumentos: «Tú conoces y no conoces á una persona á un mismo tiempo. Por ejemplo, conoces á tu padre, y si lo ves cubierto con un manto ya no le conoces. Una piedra es un cuerpo, un animal es un cuerpo, tú eres un animal, luego tú eres una piedra porque tú eres un cuerpo.» Doce minas afloja el mercader por tan sutil filósofo, y doble por un peripatético que le enseñará cómo vive un moscardon, hasta qué profundidad llegan en el mar los rayos del sol, cómo se forma el feto en el vientre materno, y cómo el hombre es un animal ridículo y no el asno, que ni ha menester casa ni navegá nunca. Por último, se dá de manos á boca el infatigable mercader con Pirron el excéptico. «¿Qué sabes?» le pregunta. — «Nada.» — «¿Qué quieres decir?» — «Que no creo en nada.» — «¿No existimos nosotros?» — «No sé.» — «¿No existes?» — «No sé.» — «¿Qué sabes hacer?» — «Todo, ménos perseguir á esa eterna fugitiva que se llama verdad. El objeto

de mi doctrina es no ver, no oír, no saber; soy sordo y ciego y además privado de sensibilidad y de juicio.» — «Sí, le dice el mercader, te quiero comprar.» — Y lo compra. — «¿Dudas de que soy tu amo?» — «Sí,» contesta el filósofo. — «Pues voy á convencerte con un argumento incontestable,» dice el mercader, y le dá un trancazo. (Risas.) Sin duda, señores, de aquí han tomado las leyes de imprenta de ciertos países los persuasivos argumentos que usan para convencer de error á los escritores públicos. (Risas y aplausos.) Nos reímos, señores, nos reímos alucinados por la festiva inagotable vena de Luciano, nos reímos de la muerte de dioses que han sido un día los dioses de nuestros padres, sin recordar que todas estas renovaciones de la vida humana no se han hecho sino á costa de grandes catástrofes, de muchas lágrimas, de muchísima sangre vertida sobre la tierra.

El espíritu humano de ninguna suerte podía avenirse con dioses así zaheridos, con ideas así combatidas por su propia conciencia. En este tiempo la fé de los paganos creía en el mitho de Psiquis, la vírgen pura, hermosa, que aguardaba impaciente la venida de su desposado, sobre su lecho, en la primer noche de sus nupcias, acariciada por el céfiro, cuyas ondas, cargadas de aromas, despues de rizar su caballera, se dormían mansamente en su seno anhelante, ruboroso; hasta que

siente que llega el esperado, y aspira su aliento, y no lo ve, y quiere verlo, bañarse en su mirada, contemplar sus formas, mirar los brazos que la oprimen, los labios que la besan, y se arroja del lecho, y corre á buscar su lámpara, y cuando vuelve gozosa é ilumina la nupcial estancia, ve que su misterioso amante, que era el Amor mismo, agita sus alas, vuela, y en dorada nube se pierde entre los arreboles del cielo, dejándola sola en castigo de su curiosidad, como para enseñarle que aquí en la tierra todo debe ser misterio y sombra, y que cuando queremos descifrar esos misterios y ahuyentar esas sombras, nos encontramos con que solamente allá en las alturas celestes se halla el verdadero amor que anima y embellece la vida. (Estrepitosos aplausos.) ¿No es una enseñanza este misterioso mitho que dice bien claramente el estado de la conciencia humana? ¿No se ve que el espíritu antiguo ha querido conocer sus dioses y los ha iluminado con su razon, y sus dioses, al desaparecer heridos por los rayos de la luz, le han señalado el cielo? ¡Ah! Las antiguas religiones no abrazaban más que la mitad de la vida, la naturaleza. Venía sobre el mundo la religion del espíritu. La Psiquis misteriosa es la conciencia, la lámpara es la razon, el amor que huye de su lecho de rosas, el paganismo que se va y que obliga á la conciencia á elevar la mirada á los cielos. ¿Dónde, dónde está la

idea, la creencia que vendrá á satisfacer esta necesidad vivísima que de creer tiene el espíritu humano? ¿Dónde está? Perseguida, humillada, escarnecida como todas las nuevas ideas, en el seno de las Catacúmbas, en su altar, que es el dolor; guardada por sus mártires que la fecundan con su sangre, soldados que para defenderla no necesitan matar, sino morir, porque son los soldados misteriosos de la idea y del espíritu. (Aplausos.)

Pero esta idea, que en las lecciones anteriores hemos visto en sí separada del mundo pagano, al encontrarse frente á frente con él, provocaba un gran combate. Roma, que tenía una religion propia en consonancia con su cultura, repugnaba invenciblemente el espíritu de igualdad cristiana. Los aristócratas, los privilegiados no podían comprender que todos los hombres se confundieran en presencia de Dios; los sabios en su orgullo rechazaban un dogma igual para los sacerdotes de la ciencia que para los ignorantes y los humildes; Luciano se reía á todo reír de aquella turba de esclavos, mendigos, mujeres, niños, gente maldita, que vivía en bárbaro comunismo y se sacrificaba por un oscuro sofista muerto en Palestina; Tácito llamaba á los sectarios de la nueva idea gente predestinada á las manos de los verdugos; Plinio el Joven, si bien veía sus virtudes, los estimaba supersticiosos, enfermos del alma y hasta inclina-

dos al suicidio; Suetonio tenía en poco á aquellos bárbaros descendientes de los judíos, que inmolaban en sus sociedades secretas niños recién nacidos, y se comían su cuerpo y se bebían su sangre; las muchedumbres, tardas siempre en comprender las nuevas ideas, hacían responsables á los cristianos de sus desgracias, de si el Tíber salía de madre ó no salía el Nilo, de si llovía ó nó, de las tempestades, de los terremotos, de los incendios, y los llamaban enemigos de la familia, de la ley, ateos; y todos los despreciaban porque eran pobres, últimos restos de la sociedad, desheredados de todo, sin comprender que aquella gente pobre, desvalida, oscura, formaba una gran sociedad religiosa, que venía á convencer al mundo de locura; y por eso el mundo los creía dementes, y que si entre ellos se encontraban pocos sabios y pocos poderosos, era porque Dios buscaba los débiles para vencer á los fuertes, los humildes para humillar á los soberbios, los eternos párias, eternas víctimas de la injusticia, para salvar la sociedad de su materialismo con esta grande y maravillosa explosion del espíritu. (Estrepitosos aplausos.)

Conviene decir que el Cristianismo se planteaba como religion de la conciencia frente á frente del paganismo que se defendía como religion del Estado. La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza so-

cial, era propia del sensualismo pagano, que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento exterior, curándose poco de la conciencia y del espíritu. Así, mientras Aristófanes y Amilo defendían los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dioses vencedores en Platea y Salamina; y Ciceron en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenía facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos aquellos que eran osados á profesar una religion distinta de la religion del Estado eran reos, si nobles, de destierro, si plebeyos, de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecucion de los nuevos sectarios, porque al injuriar á los dioses injuriaban al César, y al injuriar al César injuriaban al Imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas esta idea pagana que ha cometido todos los grandes crímenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoría de la religion impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos reivindicaban el derecho de adorar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu, y de esta suerte, al mismo tiempo que defendían la verdad religiosa, defendían el principio de que sobre la conciencia no hay más que una jurisdiccion, y es la jurisdiccion divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de

una idea, desiertan de la humanidad como los Césares paganos que alzaban la cruz y atizaban las hogueras contra los defensores del Cristianismo.

Pero la idea cristiana á pesar de no tener más fuerza que la fuerza espiritual, crecía y crecía, devoraba la religion de los Césares, de los guerreros, de los fuertes. De la edad apostólica, que es el siglo primero, pasamos á la edad de los apologistas, que es el siglo segundo. Pero antes de los apologistas se encuentran los padres apostólicos, que unen dos grandes épocas de la idea cristiana. Así como los Apóstoles son los inmediatos sucesores de Cristo, los padres apostólicos son los inmediatos sucesores de los Apóstoles: que no se rompe, ni se interrumpe en estos tiempos la serie de las ideas cristianas. No hay en los padres apostólicos la grandeza que en los Apóstoles, ni la elocuencia que en los apologistas, ni el saber profundísimo de los padres de la Iglesia. Se ve que despues de aquella gran elaboracion de las doctrinas apostólicas que abraza el alma y Dios en la esfera metafísica, y el mundo judío y el mundo griego en la esfera histórica, el espíritu cristiano descansa en la contemplacion de sí mismo, del ideal sublime que ha dejado escrito el siglo primero. Se ve que la sociedad cristiana se ocupa á la sazón más en la moral que en el dogma, más en obras que en pensamientos. La tendencia práctica es más viva que la tendencia metafísica. Sus

escritos nos hablan de la divinidad de Cristo, de la revelacion de Dios en Cristo y por Cristo, de las esperanzas de una nueva venida del Salvador, pero sobre las nubes del cielo y del Espíritu Santo que á manera del aire rodea y vivifica la sociedad cristiana. En los tres primeros padres apostólicos encontramos tres reflejos de los tres más grandes Apóstoles: en Clemente á San Pedro, en Ignacio á San Pablo, en Policarpo á San Juan. Sus escritos son epístolas trazadas á la luz de las antorchas de las Catacumbas, sobre las rodillas, entre los ahullidos de los perseguidores y el estridente rumor de los instrumentos del martirio. Clemente tiene el carácter romano y puede decirse que en él empieza la organizacion material que la Iglesia recibiera del práctico espíritu de la Ciudad Eterna. Por lo mismo, por ese espíritu de organizacion, se echan de ver en él ciertas tendencias á conservar la antigua legalidad judía caída al eco de la tonante voz de San Pablo. Pero su fé en Jesucristo es viva, es profundísima, y tiene toda la sencillez, toda la virtud y toda la seguridad de estos tiempos primitivos, fé sellada con su sangre. Ignacio es del Asia Menor, en sus epístolas brilla el genio oriental con todos sus fulgores. Su corazon es como un volcan de amor que fulgura, enviando todos sus sentimientos al cielo. Obispo de Antioquia, discípulo de San Pablo, ardiente propagador de la nueva idea, en sus epístolas ha unido á la dulzura

de una índole apacible la fuerza de una fé sobrenatural, divina. En su alma, inundada de prodigiosas esperanzas, hay sed de morir, amor inmenso, infinito al martirio, porque tras las nubes de esta vida de un dia columbraba el horizonte infinito de la eternidad y su ser bañándose en la eterna vida. Un hombre como este padre apostólico, que abandona por una idea todos los placeres del mundo, que ve estrellarse á sus piés todas las pasiones sin temor de ser por ellas manchado, que vive por sus hermanos y para sus hermanos, tranquilo en la persecucion, libre en las cárceles, benévolo para sus mismos martirizadores, ocupado solo en ofrecer ejemplos de entereza á los que comparten sus ideas, arrastrado por una calle de amargura que se extiende desde Asia á Roma sin que profiera una queja, y sin que tenga otro pensamiento que escitar á la fé y la perseverancia á los cristianos, muerto entre los dientes de las fieras, pero con la idea puesta en el cielo y el sentimiento en la esperanza de la inmortalidad; un hombre de esta grandeza debe ser siempre ofrecido como enseñanza viva, como ejemplo moral á la juventud, para que vea que el egoismo solo puede dar el mal, que la abnegacion, el sacrificio, son los medios más seguros de alcanzar en las grandes crisis la redencion del espíritu, la salud del mundo. (Entusiastas aplausos.) El mismo camino que Ignacio, discípulo de San Pablo, sigue

Policarpo, discípulo de San Juan, que extiende la doctrina de su maestro y muere en el martirio. El espíritu de esta edad necesita más espacio, mayor amplitud para luchar con el gnosticismo cuyas raíces se extienden sobre el Cristianismo como una planta parásita que intenta robarle su jugo y vivificar con él las ideas paganas. Y es preciso confesar que merced á la epístola falsamente atribuida á Barnabas, el legalismo judío intentaba invadir el puro dogma cristiano. Es verdad que en esta epístola á fuerza de querer espiritualizar las prácticas judías se les quitaba todo su antiguo poder, toda su grandeza. Pero era necesario evitar estas desviaciones y sostener como San Pablo que la ley antigua habia sido cumplida, y que toda la revelacion se encontraba en el Evangelio. Mas á pesar de esto, todos los padres apostólicos se unen y confunden santamenté en la creencia del progreso de la vida, de la renovacion del espíritu, de la esperanza en la inmortalidad, del estermio del mal en virtud de la sangre vertida en la cima del Calvario.

• Pero el Cristianismo debia principalmente defenderse de las ideas opuestas y contrarias que encontraba en su camino. Los judíos, los paganos, querian cerrarle el paso á la victoria. El Cristianismo debia probar á los judíos que su religion era insuficiente, y á los paganos que su religion era muerta. De este ministerio verdaderamente

divino se encargaron los apologistas. Contra los judíos defendieron el mesianismo en Cristo. Contra los paganos defendieron principalmente la resurreccion de la carne. Como les achacaran que adoraban á un hombre, decian los apologistas que Cristo era el logos eterno, la palabra eterna anterior al tiempo y al espacio, aquella palabra incommunicable que creó la naturaleza y que ilumina eternamente el espíritu. Contra los paganos que sostenian la aniquilacion del cuerpo predicaban la resurreccion de la carne. Dogma consolador en verdad este, y sostenido con sin igual elocuencia por los apologistas. En su virtud la muerte no es temible. Este cuerpo que en el seno del sepulcro se descompone y se deshace, reducido á cenizas fácilmente, disipado por el viento, á la voz de Dios, que vuelve á renovar el milagro de la creacion, se levantará del seno de la tierra, sacudirá el polvo que le cubra y entrará en la vida inmortal; porque nuestra personalidad en el espíritu y naturaleza, en alma y cuerpo, es eterna. Por estas ideas, se verá que los apologistas, desdeñando la antigua religion, oponiéndose al paganismo, no desdeñaban la filosofia, no combatian la ciencia. Todas las ideas sobre el Verbo estaban animadas del espíritu platónico, todas las ideas sobre la resurreccion de la carne estaban animadas del espíritu estóico. De esta suerte la nueva sociedad, al mismo tiempo que se oponia á todo lo que era

sensual, falso, transitorio en el paganismo, tomaba todo lo que habia de permanente, de eterno, de sustancial en la ciencia, como para demostrar que la razon humana es tambien órgano de la verdad divina y revelacion permanente de esta verdad en la vida.

Contemplemos, señores, un momento en sí los apologistas. La ciencia cristiana va creciendo más cada dia. Los apologistas que derivan su doctrina principalmente de San Juan, son los destinados á llevar el espíritu griego á los altares cristianos. Los Apóstoles y los padres apostólicos han explicado el Cristianismo segun la religion; los apologistas y los grandes padres de una y otra Iglesia lo explicarán segun la filosofía. El primer representante de los apologistas es San Justino. Este hombre extraordinario fué pagano. Pero su alma, fiel imágen de su siglo, anhelaba con ardiente sed una verdad. Errante de sistema en sistema, de filosofía en filosofía, como la abeja de flor en flor, buscaba la miel de la verdad y libaba solamente la hiel del desengaño. Acercóse á los estóicos y vió que su moral no tenia una base metafísica incontestable; quiso oír á un peripatético y le dejó, porque antes de darle ciencia le pedia dinero; asistió á las escuelas pitagóricas y le exigian para la iniciacion en los misterios música, astronomía, matemáticas que le eran ignoradas; halló, por último, la filosofía de Platon, y su espíritu idealista

se gozó en contemplar sobre el mundo visible los eternos tipos de todos los séres y de todas las ideas nadando en la luz increada; pero en uno de esos momentos en que el alma se aparta de todo cuanto la rodea y se disgusta de toda realidad, hallándose solo contemplando el cielo al través de las ramas de un bosque, á la orilla del mar, que le recordaba en sus celestes horizontes lo infinito, vió venir un venerable anciano que le habló de la virtud, de la esperanza, del cielo, del Verbo, del concierto entre las ideas y las obras, de una antigua raza de patriarcas que conservaban pura la idea divina, de otra nueva raza de mártires que la iban extendiendo por el mundo; y tocado por aquellas palabras creyó encontrar la anhelada verdad, y abrazó la idea del anciano, el Cristianismo, y le fué fiel, batallando por su causa toda la vida, y sufriendo por su causa en el martirio la muerte. (Entusiastas aplausos.) Este antiguo retórico que abandonara el paganismo por el Cristianismo, á pesar de que combate cada sistema en sí, cree que el espíritu general de la filosofía antigua preparaba el Cristianismo. No podia desconocerse esta verdad sin notoria injusticia, cuando la filosofía antigua devoró el paganismo. El culto cristiano es el culto del espíritu que viene á borrar el culto pagano, que es el culto del sentido. El pagano adora el dios-naturaleza y el cristiano adora el Dios-espíritu. La eternidad es el

objeto del culto cristiano. Pero como el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, la sociedad debe formar un compuesto entre el hombre y la Iglesia. Lo que es el alma para el cuerpo es la Iglesia para el mundo. Y como el alma ama al cuerpo que la desobedece y la rechaza, la Iglesia ama al mundo que la persigue. Los hombres tuvieron antes conocimientos fraccionados particulares de la verdad, pero no alcanzaron la verdad viva y entera hasta que descendió de los cielos el Verbo. La razón es una luz divina, pero el Verbo es el sol de donde esa luz emana. Cristo es la única revelación verdadera del Verbo. Por el Verbo comprendemos á Dios que es en su esencia incomprensible á la razón, inefable á los labios. El Verbo es la palabra creadora del universo y del espíritu. El universo y el espíritu se apartaron del Verbo, éste pecando, corrompiéndose aquel por los negros vapores del pecado. Pero la redención ha devuelto al espíritu su primitiva dignidad perdida en el pecado. El Verbo ha penetrado con su luz toda vida espiritual. En cada alma hay una semilla de la idea del Verbo que el último aliento de Cristo ha fecundado. Como se ve por estas indicaciones, así como en la Edad media Santo Tomás y los escolásticos unieron Aristóteles á la teología, en este tiempo unen á las apologías San Justino y sus discípulos, el Timeo de Platon, el Génesis del espíritu. Athenágoras sigue la misma idea de

San Justino, y nos habla del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. El Padre engendra, el Hijo es engendrado en la eternidad, el Espíritu es el mediador entre el Padre y el Hijo. El Padre crea, el Hijo ilumina, el Espíritu vivifica.

Como se vé, la apología, conservando su sentido superior y ortodoxo, rendia un tributo de acatamiento á la ciencia griega. Pero hay entre los apologistas espíritus que temen que transigiendo demasiado con la filosofía griega el Cristianismo pierda su carácter y se convierta de una religion en una secta filosófica. Al frente de los que así piensan encontramos á Taziano. Nacido en Oriente, es por extremo apasionado y fogoso. Así quiere arrancar hasta las raíces de la civilización pagana. Nos llamais bárbaros, dice á los griegos, y no teneis cosa que no hayais recibido de los bárbaros: el alfabeto de los fenicios, la geometría de los egipcios, la magia de los persas, la astronomía de los caldeos, la escritura de Atosa, reina bárbara, el acero de los cíclopes, la trompeta de los tirrenos, la flauta de los frigios; porque vosotros, gente baladí, no os entendeis con vuestros varios dialectos, y usais la retórica para corromper los corazones, la sofística para descarriar las inteligencias; y orgullosos con vuestros filósofos, sólo nos ofreceis cinismo en Diógenes, voluptuosidad en Aristipo, glotonería en Platon, adulación servil en Aristóteles, sombras en Heráclito, errores en



Zenon, pretensiones á ser Dios en Empedocles, eruptos de vieja en Pherecides: que no se puede esperar menos de hombres que tienen las encinas por oráculos y los diablos por dioses. (Aplausos.) Si no son estas mismas las palabras de Taziano, estoy muy seguro que son muy aproximadas á las suyas ó al menos que pintan fielmente su pensamiento y reflejan fielmente su espíritu. ¡Ah! señores, no trato yo de ocultar los vicios de la civilización griega; pero es una grave injusticia decir que su ciencia sólo había corrompido el espíritu. ¿Pues que, Dios ha abandonado completamente de su mano á las antiguas naciones? ¿Pues qué, el paganismo con todos sus errores no ha educado el espíritu en una idea muy superior al bárbaro fetichismo del Oriente? La Grecia separó el espíritu de la naturaleza, bosquejó la primera idea de la individualidad humana, rompió las castas con sus maravillosas democracias, levantó el pensamiento del pié de los altares del Oriente, modeló con su cincel la estatua que será el eterno ideal de la hermosura plástica, puso en la lira que la humanidad lleva en sus manos para consuelo, cuerdas de oro siempre vibrantes, fué la musa del arte, la inspirada sibila que con el pensamiento de sus filósofos hermoseó la conciencia humana y la apercibió á que fuera un templo digno de recibir la idea cristiana. (Grandes aplausos.) Sus errores, sus vicios, sin que yo deje nunca de imputárselos,

porque creo en la libertad y en la responsabilidad del hombre, son el tributo que la débil naturaleza humana paga á las condiciones del tiempo en que se desarrolla y al medio social en que vive. No aislemos en la historia de la humanidad unos tiempos de otros, unas civilizaciones de otras, porque entonces ni comprenderemos la unidad del espíritu, ni nos explicaremos la providencia de Dios. Es verdad, señores, que las nuevas ideas se plantean siempre en su principio como negación absoluta á las ideas precedentes. Se necesita esta grande lucha, este grande contraste, para que el espíritu, apegado á sus antiguas creencias, comprenda las nuevas ideas. De esta suerte progresa el espíritu humano. Como Voltaire exageró su oposición á la Edad media, y Descartes su oposición á la escolástica, y el Renacimiento en la esfera de las artes su oposición al gótico, y Grecia su oposición al Oriente; Taziano exageró su oposición á Grecia y á toda cultura clásica. Afortunadamente el siglo xix, eminentemente humano y dispuesto á reconocer toda la humanidad en cada una de sus fases, hace justicia desde las alturas de la filosofía de la historia á todos los sistemas y á todos los tiempos. La tendencia de Taziano era en realidad peligrosa, porque era una tendencia gnóstica. El gnosticismo se me aparece siempre en estos primeros tiempos como la serpiente oriental que abre sus fauces para perder la idea cristiana. Y el